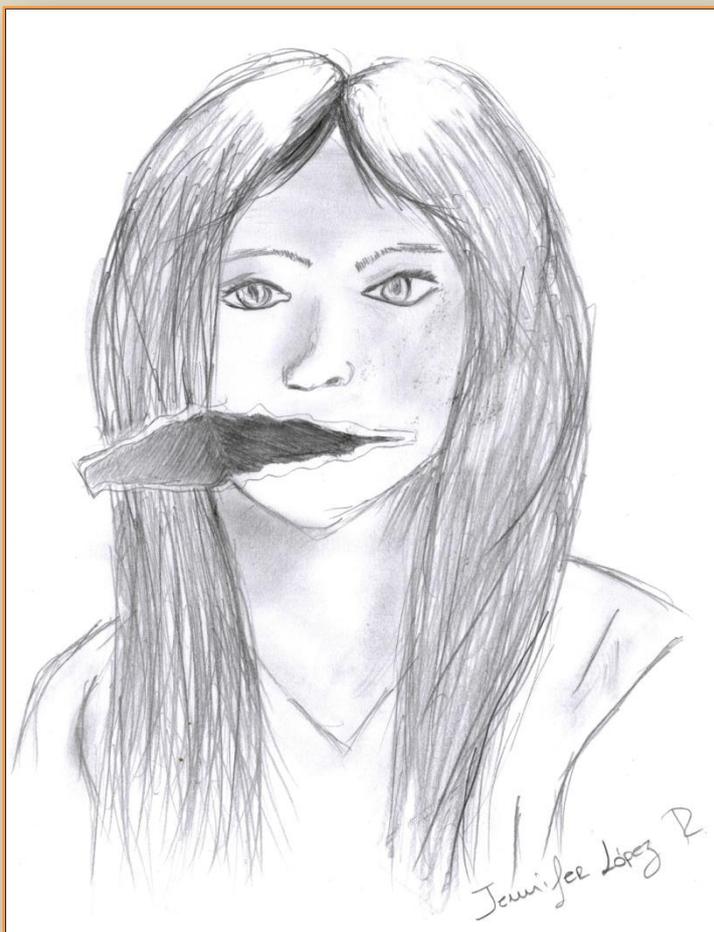




Las voces calladas



Cuenta la leyenda que en un lugar llamado Aden, rodeado por el misterioso mar Arábigo, vivía una humilde familia.

Era una familia tradicional, pero tenía algo que no todas las familias tenían: “La regla del silencio”.

La regla del silencio era una norma familiar que se cumplía desde hacía más de dos siglos. Habían pasado por

ocho generaciones y ésta sería la novena desde que se impuso.

Las mujeres no podían hablar con los hombres hasta haber tenido al menos un hijo, y los hombres tampoco podían hablar con las mujeres. Sin embargo, si el hombre elegía una mujer que no siguiera esta tradición, podía hablar con ella aunque las mujeres de su familia sí la siguieran. De este modo, las mujeres seguían esta tradición siempre y los hombres sólo si su mujer pertenecía a las familias que acataban la ley del silencio.

Así se pensaba salvar los matrimonios: “Dos personas, después de tener un hijo, no querrán abandonarlo, ni separarse”.

La leyenda cuenta que esta norma fue creada por la madre de una mujer que, embarazada, estaba dispuesta a alejarse de su marido, a pesar de la enorme riqueza de éste.

Viendo la madre que su hija quedaría sin apenas dinero, la encerró y le prohibió hablar con su marido hasta el día del parto. La mujer, después de estar cinco meses encerrada, vio la necesidad de mantener al bebé y olvidó por completo la idea de marcharse.

Aunque esta mujer no había cumplido las nuevas expectativas de la ley porque antes del matrimonio sí había podido hablar con su pareja, luego, esto cambió.

Ella misma pensó que su madre le había hecho un favor y creyó que su decisión había sido precipitada, y por eso su madre la había ayudado a encaminar su vida. La edad y el conformismo la habían cegado.

La madre hizo lo mismo con sus hijas pensando que su madre la había ayudado y era el mejor ejemplo que podía seguir.

Después de ocho generaciones, nació Afrah, una pequeña niña de ojos marrones y grandes y una boquita pequeña. Era la quinta de cuatro hermanos varones.

Creció educada de forma similar a sus hermanos. Todos estudiaban en un colegio privado que estaba muy cerca de la playa. Pero este colegio separaba a las chicas de los chicos de manera que Afrah sólo hablaba con sus hermanos por la tarde, y ellos eran las únicas personas de género masculino con las que había hablado en toda su vida, incluyendo a su padre, tíos y abuelos.

Afrah fue creciendo y cambiando poco a poco. Tenía pensado estudiar una carrera aunque aún no se había decidido por ninguna concreta. Ella sólo sabía que lo suyo eran los números.

Todos sus hermanos mayores fueron marchando a estudiar y a trabajar a otros lugares; y, cuando ella tenía 14 años, su vida cambió por completo. Algo que ella jamás hubiera imaginado ocurrió y martirizó su mente con miles de preguntas y críticas que ella no pensaba tolerar.

Llegó el momento en el que su madre habló de la ley del silencio a Afrah.

Aunque Afrah tenía solamente 14 años recién cumplidos, se había percatado de la seriedad que este tema imponía en su familia y escuchó las palabras de su madre con atención y angustia.

-Afrah, hija mía, desde hace más de dos siglos en esta familia se sigue la ley del silencio. Tú no podrás hablar con el que vaya a ser tu marido hasta que tengas tu primer hijo. Esto es por tu bien y es y será así siempre, por muchos años que pasen. Si tú quieres a tus hijas también harás esto con ellas. Ahora que tus hermanos han marchado y solamente quedas tú en casa, has de saber que no saldrás de casa en otra compañía que no sea la mía y que, si es necesario, me encargaré de que te vigilen de cerca. "No todo el mundo es bueno para ti, hija mía. Vives en un mundo irreal y mi deber es despertarte".

Aquellas palabras resonaron en la mente de Afrah como el redoble de unos timbales seguido de un horrible y largo silencio.

La niña marchó a su cuarto y su madre continuó con las tareas del hogar sin mediar palabra.

Al principio pensó que la solución sería no volver a hablar a su madre.

Luego pensó que no querría casarse con nadie porque así podría hablar.

Se le pasaron miles y miles de cosas por la cabeza, y como sus ideas, el tiempo también pasó.

Ocho meses después, Afrah consiguió el título escolar y un diploma de honor que la adelantó dos cursos preuniversitarios por haber obtenido las mejores notas de todo el

instituto y saber los profesores que tenía los conocimientos suficientes como para sacar los tres años preparatorios de la universidad en uno solo.

Afrah comenzó el nuevo curso muy ilusionada. Su instituto no había cambiado demasiado con el otro al que había ido.

Las chicas y los chicos seguían sin estar juntos. Pero, curiosamente aunque no coincidieran en clases ni descansos, sí que podían verlos a través de unos ventanales de los pasillos.

Esta era una situación nueva, extraña y divertida para Afrah, quién creyó que no debería contárselo a su madre porque si su madre se enteraba lo más probable es que la hiciera abandonar este centro y la llevara a otro más estricto con este tema.

Este simple hecho despertó en ella curiosidad y en algunos descansos observaba por las ventanas a todos los chicos que pasaban. Sus formas de andar, sus desorganizados ficheros, sus trajes y grandes zapatos. Todas esas cosas que no veía desde que sus hermanos ya no estaban en casa.

Un día, mientras miraba, vio a un chico bastante patoso, y no patoso porque pareciera un pato físicamente, si no porque se resbaló en mitad del pasillo, derramó todo el café que llevaba, tiró su fichero por los aires y se rompió el pantalón.

El chico de inmediato se levantó del suelo recogió sus cosas y riéndose a carcajadas entró en la clase de matemáticas avanzadas.

Esto hizo que Afrah se fijara en aquel desconocido y desde aquel día durante meses lo miraba en cada descanso.

Un día Afrah decidió darle una nota al salir de las clases. Aunque los chicos salían media hora más tarde para no coincidir con las chicas esto no fue ningún impedimento para Afrah.

Llegado el día, se quedó en el servicio fingiendo encontrarse mal y pidió que no llamaran a su casa porque unos instantes saldría.

La directora se fió de su ejemplar alumna y la dejó quedarse un rato más.

Salió fuera y frente a una serie de columnas se quedó esperando hasta que el chico salió y le entregó la nota en la que ponía “su nombre y lo simpático que la parecía, añadiendo al final de la nota, perdona por esta voz tan callada.”

El no la contestó y Afrah apenada pensó que él ni siquiera querría ser su amigo.

Pero pasadas dos semanas encontró en su taquilla un sobre en que ponía:

“Las taquillas de la planta de las chicas son mucho más peligrosas que esperar a la salida de las clases “

Afrah estaba más feliz que de costumbre y su madre, sabía que algo estaba pasando. Si la experiencia no la fallaba su hija se había enamorado.

Decidió tener una charla con ella y Afrah se negó a todas las ideas de su madre. Incluso mandó que la llamaran sus hermanos para adivinar si realmente estaba enamorada.

Afrah jamás lo admitió, pero había comenzado a salir con aquel chico. Su familia no lo conocía de nada y aunque su madre había llamado miles de veces al instituto nadie sabía nada gracias a la discreción de ambos.

Pasaron los años y Afrah junto a Neruet (el chico) acabaron la carrera de matemáticas.

Afrah pensó que no podría seguir con esta mentira más tiempo y se la ocurrió decirle a su madre que ya tenía edad de tener novio a lo que su madre no se negó pero la recordó la ley del silencio con la que no podría romper aunque lo deseara.

Afrah se había sentenciado.

Neruet conoció a la familia y se empeñó en convencerlos para que le dejaran estar con ella y hablarla. Al fin y al cabo ambos ya eran adultos.

La madre muy seriamente se negó pero el padre no dijo nada.

Al ver esto Afrah decidió hablar con su padre por la noche mientras su madre estaba ocupada haciendo otras cosas.

Su padre y ella fueron a la playa a dar un paseo y se sinceró con ella.

- Hija, aunque tu madre haya confiado en la directora y toda la gente que negaba tu noviazgo yo sabía que estabas enamorada.

Jamás dije nada a tu madre porque no quería hacerte sufrir a ti, y tampoco a ella.

La ley del silencio tu madre no fue capaz de cumplirla.

-Afrah no podía creer lo que estaba escuchando.

-Tu madre y yo hablamos todos los días y discutimos muchas veces, como cualquier matrimonio. Pero tu abuela no soportó que lo hiciéramos y jamás perdonó a tu madre por no acatar las órdenes. Estuvieron sin hablar entre ellas hasta que tú naciste y tu madre la prometió que emendaría su error continuando la tradición contigo como si no hubiera pasado nada.

Por eso tu abuela jamás me ha dirigido la palabra.

-Afrah entendió lo que su padre intentaba decirle y cuándo volvieron a casa intentó hablar con su madre, esta vez con el gran apoyo de su padre.

Su madre muerta de tristeza la dijo que la entendía, pero que la promesa y la tradición tenían que continuar.

No entendía que estaba perdiendo a su hija para siempre.

Afrah no lo dudó y se marchó a vivir a la casa de los padres de Neruet.

Escribió una carta de despedida para su madre, porque no quería volverla a ver nunca. Aunque a su padre lo seguía viendo tres veces por semana.

“Querida mamá:

Es triste que intentes acabar con la libertad de un hijo, pero aún más triste que intentaras acabar con la tuya propia y acabaras cediendo y obedeciendo una tradición arcaica y antinatural.

Prometo que mis hijas no tendrán que acatar la ley del silencio, y espero sinceramente, que no lleguen a oír nada de ella.

LA LEY DEL SILENCIO, ES LA CONDENNA DEL SILENCIO.

“Deberías comenzar a vivir, siguiendo el intento que perdiste hace veinte años”

Atentamente: Afrah

La madre tardó en recapacitar pero consiguió cambiar su mentalidad para no dejar de ver a su hija.

Pudo hacer una vida normal y cerró el capítulo de la ley del silencio de su familia para siempre.

Aunque ella jamás dejó de preguntarse: ¿Hasta qué punto estamos dispuestos a anteponer tradiciones y creencias a la verdadera felicidad y libertad?

AUTORA: Marina Marcos. 2ºBHS

ILUSTRACIÓN: Jéniffer López. 3ºB